

Miguel Castillo Didier

KAVAFIS ÍNTEGRO (en dos tomos)

Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos. Univ. de Chile, 1991.

Con *Kavafis íntegro* tenemos en nuestras manos la obra completa del poeta neogriego más destacado y difundido del siglo xx. La lírica neohelénica, después de aquel largo silencio de siglos bajo la opresión turca (1453-1830), y tras lenta restitución, ha levantado su voz en nuestro siglo —segura y potente— en situación tal que, por el número de sus poetas y la calidad de ellos, ha sido sólo comparable con la de España contemporánea. He aquí algunos nombres: Kazantzakis, Seferis, Elytis, Ritsos, Drosinis, Papandoniu, Porfyras, etc. Kavafis es la cima.

Kavafis no llegó a esta singularidad sino por la doble vía de una real inspiración y alto esfuerzo técnico sostenido. De su inspiración da cuenta su trayectoria innovadora: Procedió Kavafis por pasos conscientes de desromantización para tomar su tono coloquial, que a veces se hace rudo y hasta chocante; este acercamiento a la poesía cotidiana, le llevó a desdeñar sus juveniles poemas románticos, escritos, además, en lengua arcaica, que “proscribió”. Kavafis recibió así la calificación de “antipoeta”, mote negativo en 1930, y que hoy nos habla del sentido precursor de formas actuales que tuvo el poeta griego. Como observamos, Kavafis no tuvo escuela, fundó su propia escuela: antes de él, el romanticismo proscrito, después de él el surrealismo, que no conoció, pues esta corriente literaria entró en Grecia entre los años 1930 y 1935.

Se suma al ámbito de la inspiración innovadora kavafiana, como afirma Miguel Castillo Didier: “Una especie de texto de referencias entrecruzadas, en el cual la intertextualidad y la intratextualidad poseen continua presencia, lo que da lugar a que podamos distinguir diversos ciclos, muchos de ellos, a su vez, interrelacionados. Y este texto, ese discurso poético, sugiere, esboza o toca algunos de los motivos de las angustias y de la literatura del hombre contemporáneo. Pero lo hace principalmente a través de los velos de la historia o del mito, estableciendo un paralelo continuo entre la contemporaneidad y antigüedad, haciendo hablar con voz de hoy a muertos remotos desde las lápidas de sus tumbas; logrando captar en breves poemas de escasos versos el diamante del tiempo perdido”.

Pero Kavafis —todo ello y mucho más encontrará el lector en estos dos volúmenes de estudio y poesía— fue también el esfuerzo técnico hasta límites inusitados: dieciséis años se demoró el poeta entre la primera redacción (1894) del poema “La ciudad” y la última (1910); pero la exigencia de autocrítica más alta tuvo lugar en “Gran procesión de clérigos y laicos”, con las sucesivas redacciones de 1892, 1917, sólo para ser concluido en 1926, un poema de sólo veinticinco versos. El autor de *Kavafis íntegro* observa al respecto: “Su poesía construida con escrúpulo de artesano que concede importancia a cada coma, a cada punto, a cada matiz léxico, a cada dislocación sintáctica —es la más difícil acaso de traducir de la literatura neohelénica pero; al mismo tiempo, es quizás la que puede entregar un contenido más profundo y universal al lector de hoy”. Para “Un noble bizantino” escribió estos versos, que también son válidos para él:

“Los livianos que me llamen liviano.  
En las cosas serias siempre he sido  
en extremo cuidadoso”.

En no menos de cien poemas, Kavafis plantea, si no directa veladamente, su concepción poética, y que no es otra que la “estética del silencio”, como señaló para él Marguerite Yourcenar: En silencio están casi todas sus fuentes; Kavafis gusta de los hechos históricos marginales, anónimos o descuidados, y sabe leer en ellos su sustancia permanente; y a los otros, a los hechos históricos más conocidos, hace entrar en su poesía desde una mirada que sorprende por lo paradójal o insólita. Pero hay otros silencios valorados en Kavafis, esa desnudez acentuada de metáforas y adjetivos: Su poesía es directa, objetiva; hablan las cosas con “su música natural, no aprendida”, como diría fray Luis de León, pues los dos son clásicos. Kavafis arroja las turbiedades de los signos que hemos arrojado sobre las cosas, y las respeta en su grande o mínima figuración. Para el poeta todo el mundo tiene su voz, su lectura, que Kavafis respeta, aunque para ello tenga que traicionar convenciones, retóricas o usos de poetizar. Es duro a veces oír las voces del mundo que no hemos querido o no hemos sabido escuchar. La voz de lo simple suele ser con frecuencia lo más complejo. No busque el lector, así pues, bajo “la apariencia banal” de Kavafis, primores esteticistas: “hay fatalidad o amenaza oculta”, “mito que se entreteje con la realidad y alimenta la poesía”, “historias privadas que se iluminan desde ángulos olvidados”, “recreación del espacio griego desde el tamiz del recuerdo”, pues el poeta más grande de Grecia moderna, no vivió ni murió en su patria, “la insistencia en el hombre como ser moral”, “sus encuentros y desencuentros con la naturaleza”, “la lectura como acto de reescribir”, “el texto como tejido de encontrados hilos que posibilitan múltiples lecturas u ordenamientos”, muchas cosas más.

Doscientas cincuenta y cuatro páginas del primer volumen, explicitan, y sobre todo documentan e ilustran gráficamente, lo que aquí apenas presentamos como un esbozo.

En conclusión, ésta es la obra del poeta más difundido y estudiado de la Grecia contemporánea y que, nueva paradoja, nunca editó un libro sino que repartió sus poemas entre amigos en hojas volanderas con limitado número de copias, o daba a conocer a pocas personas en breves cuadernillos de escasísima circulación, o simplemente, distribuía mediante copias escritas a mano.

En *Kavafis íntegro* —parte del volumen primero y todo el segundo— el profesor Castillo Didier presenta, estudia y anota los poemas proscritos del poeta, los inéditos, los que mandó destruir y los canónicos, todos los poemas en edición bilingüe, y correspondientemente anotados cuando el texto lo requiere.

El lector sabrá valorar, así, la labor de Miguel Castillo Didier, investigador del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile.

César García Álvarez